

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.ª izquierda.
MADRID

DIRECTOR: F. NAVARRO GONZALVO

AÑO II
9 Noviembre de 1889.
NÚMERO 58.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

MANUEL FERNÁNDEZ CABALLERO

¡Buena música la del maestro Caballero!

La verdadera zarzuela ha tenido en él un cultivador feliz é incansable. Ahí están las partituras de *El primer día feliz*, *Las dos princesas*, *Los sobrinos del Capitán Grant*, *Las nueve de la noche*, *La Marsellesa*, *El salto del pasiego* y *La gallina ciega*, que son verdaderos modelos.

En el género llamado *pequeño* cuenta por centenares las piezas aplaudidas que se han hecho, y son populares.

Instrumenta de una manera magistral, y á los primeros acordes de la orquesta adivina ya el público la mano experta del eminente maestro.

¡Lástima grande que, por prometer más que puede cumplir, haga pasar tantas rabietas á los libretistas!

Tiene una *nota* característica.

Sentado ante una mesa bien servida, está en sus glorias. Acepta todas las cocinas.

No tiene nada de *gourmand*, pero es un refinado *gourmet*.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5 .

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS
• ATRASADO, 25 •

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.



D. Sandalio Majagranzas ha muerto loco. ¡Pobre D. Sandalio!

Hace quince días recibimos un telegrama de Nueva York participándonos tan triste nueva, y no quisimos darla crédito.

¡Morirse él, un hombre sano, fuerte, robusto, que apenas contaba cuarenta años y que era ex concejall...

¡Y morir loco! El caso era raro.

¡Parece que aún le veo, al principio de su carrera, en su pingosa tienda de comestibles de la Cuesta de los Ciegos, donde comenzó á amasar su fortuna, *irregularizando* en el peso y quedándose siempre corto en la medida!

Y... ¡cuán hermoso estaba algunos años más tarde—muy pocos, por cierto—con su vientre abultado, su bigote cerdoso y entrecano, su levita confeccionada en los soportales de la calle de Toledo, su chistera reluciente, y el bastón con borlas y puño de oro, símbolo de su autoridad, como teniente de alcalde del distrito! Todo Madrid se fijaba en él, y la multitud le señalaba con el dedo, gozosa y sonriente, cuando le veía hecho un brazo de mar presidiendo la procesión de Minerva en su distrito.

Y si ustedes no le han conocido, no les importe. Ha dejado una familia numerosa, y seguramente conocen alguno ó algunos de sus parientes.

¡Si no se ven más que Majagranzas por ahí!

D. Sandalio, hombre adinerado, no podía dejar de visitar la Exposición de París.

Y un hermoso día del pasado Julio arregló su maleta, atestó la cartera de billetes de Banco, se despidió de sus íntimos y se trasladó á la gran capital, ansioso de montar en burro en la calle del Cairo, subir á la Torre Eiffel y tratar personalmente á las *cocottes*—como él las llamaba—y de cuya existencia habíanle dado ya cierto conocimiento algunos autores dromáticos, presentándoselas, aunque con cierta timidez, en algunas piecicillas del moderno repertorio.

¡Qué felices se las prometía el pobre Majagranzas!

Porque, lo que él decía:—Las *cocottes*, caprichosas;—yo, robusto y calavera;—seis mil duros en cartera... ¡Qué sé yo! ¡La mar de cosas!

Pasemos como sobre ascuas—hay asuntos muy escabrosos—sobre la existencia de Sandalio los quince primeros días de su estancia en París, y vengamos al día nefasto en que tropezó, en la Galería de Máquinas, con su paisano y amigo Lucas Gutiérrez.

—¡Sandalio!

—¡Lucas!

Un apretado abrazo, las preguntas de rigor en casos tales y el tomar café juntos, fueron las primeras consecuencias de aquel encuentro.

Gutiérrez participó á Majagranzas su próximo viaje á Nueva York. Iba allí para asuntos propios, y nuestro ex teniente alcalde, que se aburría ya en París, se decidió gustoso á acompañarle.

Sería interminable tarea referir las bromas, algo pesadas, que Gutiérrez dió á Majagranzas en Nueva York. La última le costó la vida. ¡Dios no se lo tome en cuenta al atolondrado Lucas!

Una noche propúsole ir á visitar á un compatriota, el cual, según afirmaba Lucas, tenía una sobrina joven y guapa, y algo ligera de cascos.

La idea de correr una *juerguecilla* á tantas leguas de la calle de la Ruda sedujo al impetuoso Sandalio, y aceptó con júbilo la idea de su amigo.

Una cosa solamente le preocupaba. ¿En qué idioma hablaría aquella chica? El buen hombre no sabía más que el castellano convencional, que, esmaltado de *haigas*, *diferencias*, *prazuelas*, *banastras* y *municipucios*, le había servido para medio entenderse con sus conciudadanos, y temblaba ante la idea de que la joven en cuestión hablara alguna lengua muerta.

Gutiérrez le tranquilizó. La muchacha hablaba como una maestra de la Fábrica de Cigarros.

El dueño hizo los honores del modo más correcto. Enseñóles una por una todas las habitaciones, y al llegar á un gabinete, prodigio de confort y de elegancia, encontráronse con una joven bellísima, que, al parecer, dormía muellemente reclinada en una *chaise longue* de palo santo.

—Es mi sobrina, dijo el dueño. La pobrecilla está algo fatigada y se ha dormido.

—Entonces, murmuró Majagranzas contrariado, salgamos despacito y no la despertemos.

Y se dirigió á la puerta, andando de puntillas.

—No, es inútil; no tardará mucho en despertar. Siéntese usted.

E indicó á Sandalio una butaca cerca de la *chaise longue*. Este obedeció.

—Nosotros, continuó aquel caballero, enlazando su brazo al de Lucas, vamos un momento

á mi despacho á ultimar un asunto reservado. Pero no tardaremos en volver. Haga usted el favor de esperarnos, y aquí tomaremos juntos el café.

Dicho esto, se retiraron, dejando á Majagranzas asombrado y aturdido.

Quedaron solos, la joven dormida y el ex tendero de comestibles.

Este no apartaba la vista de la joven, que era, en verdad, una rubia hermosísima. Tenía los ojos medio cerrados, y á la tenue luz que proyectaba un globo de cristal, color azul pálido, que pendía del techo, parecía una visión celeste, sobrenatural.

Estaba vestida completamente de blanco, y una de sus manos fina y torneada, descansaba sobre la falda de raso, en actitud indolente y descuidada.

Reinaba un profundo silencio en el gabinete.

De pronto, una voz dulce y argentina pronunció distintamente estas palabras:

—¡Sandalio, Sandalio mío!

Majagranzas se puso en pie de un salto.

—¿Por qué no vienes? ¿No ves que te estoy esperando, que te amo?...

No cabía duda. La que hablaba era la niña rubia. No se movía; continuaba inmóvil en su actitud, con los ojos entornados; pero sus labios, sus labios, rojos como pétalos de rosa, se movían dulcemente y daban paso á aquellas palabras cariñosas:

—¿Me rechazas? ¿No me quieres?... Yo que te esperaba ansiosa, enamorada...

Seguía hablando, sin interrupción, siempre con aquella vozcita tierna é insinuante, y Majagranzas la contemplaba extático, tembloroso y con los ojos espantados.

—Sandalio, continuó la joven; vi tu retrato en el *Intermedio* de Barcelona, y me enamoré de ti; encargué á Gutiérrez que te trajera para hacer tu felicidad y la mía, y ni siquiera me abrazas, ni siquiera me miras... ¡ingrato!

Majagranzas no pudo resistir más. Se acercó á la joven, la estrechó entre sus brazos y besó con delirio aquella boca seductora...

—¡Horror! Aquellos labios estaban fríos como los de una muerta... Y continuaba hablando... hablando...

Sandalio dió un grito y soltó á la joven; pero ésta cayó al suelo, produciendo un ruido seco y desagradable.

Acudió presuroso á levantarla, tiró con fuerza de los brazos, y ambos quedaron entre sus manos. ¡Eran dos brazos de maderal! ¡Y la niña seguía en el suelo, siguiendo su desesperante monólogo!

—Sandalio, ¿qué haces? ¡Por qué no me acaricias! ¿Por qué no me quieres?

—¡Socorro, socorro! gritó Majagranzas, en el colmo del terror y con los pelos de punta.

Dirigióse desatentado á la puerta. Estaba cerrada. Golpeó con furia, y sólo le contestó el eco de una sonora carcajada.

Y, en tanto, la mujer sin brazos continuaba en el suelo, repitiendo...

—¡Majagranzas! ¡Majagranzas! ¿Por qué no vienes? ¡Ven!

Sandalio dió dos pasos, tropezó con uno de los brazos de la rubia, y loco, atemorizado, rodó también por el suelo, gritando con voz ahogada:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Entraron Gutiérrez y su amigo, y se asustaron al verle en tan deplorable estado. La farsa podía tener fatales consecuencias.

La hermosa rubia no era más que el último invento de Edison. Una muñeca de tamaño natural, en cuyo vientre se había colocado un fonógrafo, el cual había reproducido el discurso hablado poco antes por el maldito Gutiérrez.

Cuando Majagranzas recobró el sentido, estaba loco.

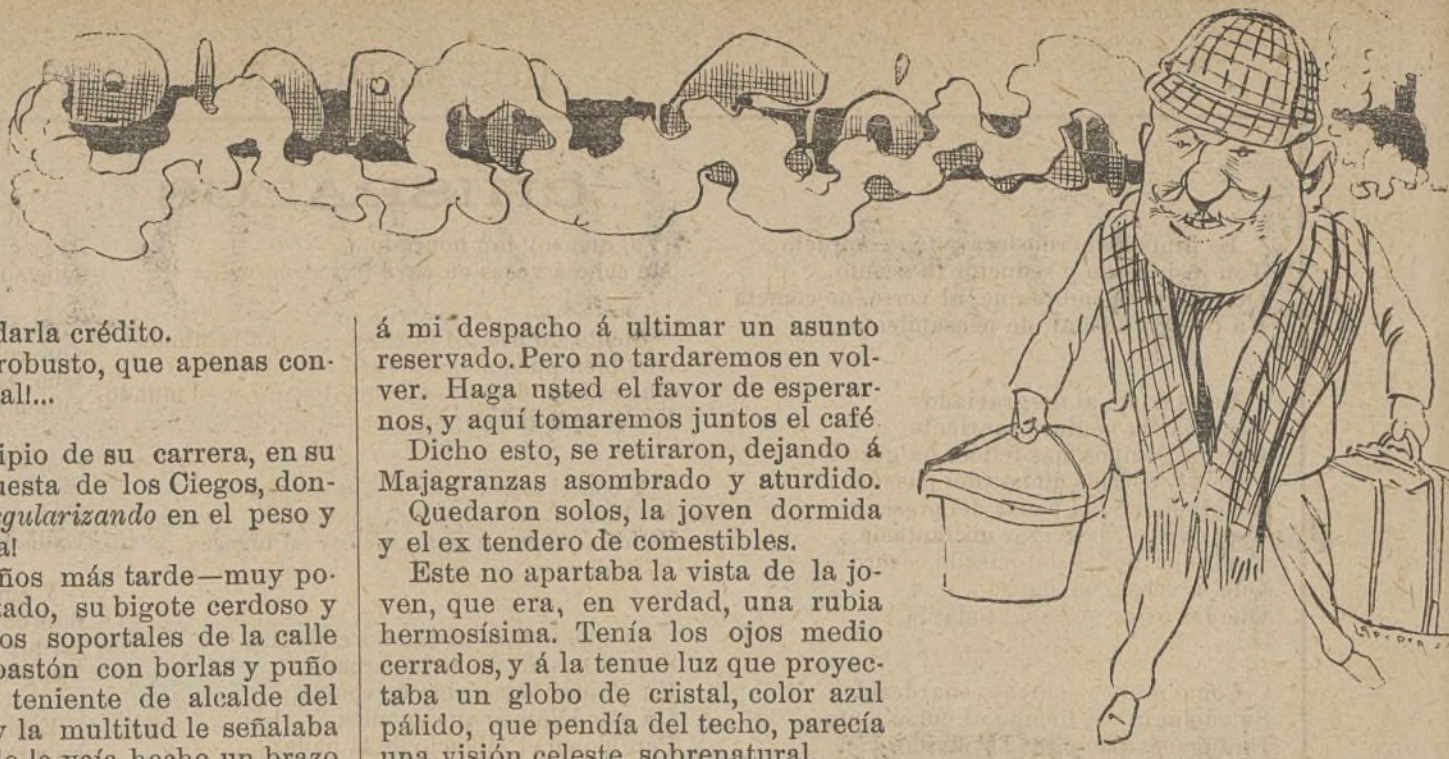
Un mes después ya no le dolía nada. Había muerto.

Confesemos que hay que tener mucho cuidado con estos inventos modernos. ¿No les parece á ustedes?...

No terminemos con una nota triste.

Hay un acontecimiento artístico en la semana. La publicación de la novela de A. Daudet, *Roberto Helmont*, primorosamente editada por la casa de A. Jubera, con magníficos fotograbados y cromotipias, fielmente estampados por el Sr. Rubiños. Este libro, prodigio de impresión, puede muy bien servir de modelo del arte tipográfico. Cómprénlo ustedes.

E. NAVARRO GONZALVO.



CHISPАЗOS

Es tanta tu hermosura y tan completa,
Tan insinuante y seductor tu acento,
Que no hay hombre que, al verte, no cometa
Un pecado mortal, de pensamiento.

Le es triste al desgraciado
Recordar la ventura sonriente
Que en tiempos más felices ha gozado;
Pero yo, con las dichas del pasado,
Me olvido de las penas del presente.
Y es que con tal vigor mi fantasía
Copia las dichas del pasado oscuro
Que, á veces, me figuro
Que las estoy gozando todavía.

Como mi pensamiento enardecido
Se adelanta del tiempo al curso lento,
En fugaces instantes ha vivido
Un largo porvenir mi pensamiento.

¿Qué conciencia el pecado
No manchó con sus babas asquerosas?

¡Yo, que soy tan honrado,
Me echo á veces en cara tantas cosas!...

Siento un pesar tan grande y tan profundo
Que bien puedo decir, Carmen querida,
Que es hoy, después de aquél en que vi el mundo,
El día más infausto de mi vida.

Y con el más brutal de los cinismos
Me llaman soñador, mala cabeza...
¡Ellos que, en su ignorancia y su torpeza,
Al andar son jinetes de sí mismos!

¿A qué luchar en tan horrible liza
Si seremos, al fin de la jornada,
Un montón miserable de ceniza,
Un eco doloroso que agoniza
Perdido en el silencio de la nada?

De cien hombres que pasan por honrados,
Cincuenta son malvados
Y cincuenta egoístas, cuando menos;

Hay cientos, mas contados,
Que suelen contener uno ó dos buenos.

Si amas alguna vez, hazlo de modo
Que tu memoria sin cesar recuerde
Que, en materia de amor, igual que en todo,
Quien más pone más pierde.

¿Cómo no ser por tus hechizos preso
Si son, para mi encanto y mi delicia,
Cada mirada tuya, una caricia,
Cada sonrisa un beso?

Y cuadros mil de movedizo encaje
Sobre la verde hierba dibujaban
La luz del sol, las sombras del ramaje
Y las brisas que inquietas le agitaban.

Esperanzas sin fin me forjé un día,
Esperanzas alegres y rosadas
Que jamás realizadas miraría...
¡A veces, Carmen mía,
Tiene Dios unas bromas tan pesadas!...

ATAULFO FRIERA.

PALIQUE

A un crítico que, para sacudirse las moscas literarias, no encontraba mejor manera que reirse de los poetastros y de más palmípedos, le decía uno de éstos, quejándose:

—Tu crítica es satírica... y, por consiguiente, no me enseña nada.

A lo que contestó el otro:

—Pero, infeliz, ¿no te he llamado ganso? Aprende eso... y conocerás todas las cosas.

Se ha publicado un libro que se titula *Literatas españolas del siglo XIX*. Según ese libro, resulta que ha habido aquí, en lo que va de siglo, sus 400 literatas.

Tal vez sea eso verdad... con una pequeña reforma; poniendo los ceros al otro lado del 4.

Y ¡lo que son las cosas! á pesar de tanta literata, falta una poetisa: Cánovas. Al cual, en cuanto poeta, le parieron hija.

Por lo demás, eso de las 400 literatas del siglo XIX tiene el mismo corte legendario ó leyendario que el tributo de las cien doncellas y lo otro de las once mil vírgenes.

Yo, hoy por hoy, no veo esas once mil literatas entre nosotros; no veo más que á su Santa Ursula.

Que es doña Emilia Pardo Bazán.

De cuyo último libro, *Morriña*, ya ha hablado en este mismo periódico mi querido amigo Sánchez Pérez. Por eso no digo yo mi opinión acerca de tal novela, porque baza mayor... y porque quien da primero, da dos veces.

En otra parte, y aun en varias, pienso echar mi cuarto á espaldas, por ejemplo, en *Madrid Cómic*.

Lo que sí aseguro aquí, y en cualquier parte, es que, á mi juicio, *Morriña* vale más que *Insolación*; Rogelio Pardiñas, el galleguito madrileño, vale más, mucho más, que el andaluz soso, bobalicón y con chistes de zarzuela flamenca silbada, de que fué á enamorarse en la romería de San Isidro aquella doña Francisca de Asís, que, por lo poco poética, á su vez, no parecía sino una doña Francisca de Asís. Pacheco, directora de no sé qué clase de Contabilidad ó cosa así.

También ha publicado mi querida amiga doña Emilia un artículo titulado: *Los desiertos de la República Argentina*. Capaz es de haberse dado una vuelta por allá, y estar ya de retorno para ir á contárselo á *El Imparcial*. Por supuesto que doña Emilia también ha publicado ya su correspondiente libro de la Exposición, que será, de fijo, de lo mejor que en España se escriba al caso. Porque esta Pardo Bazán es una enciclopedia... de viaje. Debe de llevar una imprenta consigo en el ferrocarril.

Ahora me explico yo lo de las 400 literatas del siglo XIX. Todas esas 399, ó la mayor parte de ellas, son espejismos de la mismísima y única doña Emilia, que escribe como ciento y después se multiplica; porque no se está quieta jamás.

Para concluir, una consulta: eso de *Efeméride*, ¿lo dice *El Liberal* para hacer rabiar á los académicos? Pues buen chasco se lleva, porque puede que muchos de ellos también lo digan.

CLARÍN.

LOS ESCOMBROS

A la vera de un camino, en un montón de brozas, encontráronse un día juntos dos escombros. El uno procedía de los muros de un castillo señorial que había sido teatro de sangrientas tragedias en la edad de hierro; el otro de las deleznales tapias de una cabaña, habitación de pobres labradores. Maltratados por el tiempo fueron rodando por los campos, y al hallarse reunidos, se hablaron de esta suerte:

—¿Quién eres, compañero?

—Soy resto del hogar de la virtud, que ando sin saber adónde; y tú, ¿quién eres?

—Yo, un miserable despojo del palacio de los crímenes.

—He sido mudo testigo de innumerables acciones generosas. He visto muchas veces en la vivienda del pobre conmovedoras escenas de ternura. He presenciado el casto abrazo que el honrado campesino da á su esposa al tornar de sus faenas. He oído las palabras apasionadas del zagal enamorado á su bella prometida. He visto las caricias que la madre prodiga al hijo de sus entrañas al dormirse en su regazo.

—Las escenas de barbarie son las únicas que conozco. Recuerdo la desenfrenada orgía erigida en ley de vida del alcázar feudal. Yo vi tintos en sangre los salones del castillo. La piedra de que procedo sustentó muchas cabezas lívidas, y en la mesa de los festines he visto imperar como reina á la falaz cortesana.

—En la vivienda del labriego no tiene cabida la impudicia.

—En las estancias del señor no fué conocida la virtud.

—Me he recreado á la continua con la melodía que deja escapar la flauta del pastor, cuando padece tranquilamente el ganado, y con el sonido de la esquila cuando el hato regresa al aprisco.

—Yo he oído á menudo el graznido de las aves de rapiña al cernerse en la tempestad, y el ¡alerta! de los centinelas en las altas horas de la noche.

—El piar de las golondrinas en las florestas de Abril, y el canto de los segadores cuando recogen las mieses, y las auras embalsamadas de Mayo, y el trino del ruiseñor en la enramada, forman una sinfonía inmortal; con la que mil veces me he extasiado.

—La música que he conocido la formaban el ruido de los aceros, el choque de las copas, el zumbido del viento estrellándose en los riscos y el ruido del granizo cayendo sobre las almenas.

—Mi reino era el de la paz.

—El mío el de la guerra.

—He gozado presenciando el trabajo de los campos y abrigando los productos de la tierra.

—He sufrido viendo horrores y guardando el fruto del pillaje.

—Yo he visto consolar al triste y proteger al desvalido.

—Yo castigar al inocente y despojar al viajero.

—La humildad formaba la atmósfera en que vivía.

—La soberbia y el orgullo la en que yo padecía.

—Gozo con el recuerdo de lo que fui.

—Me estremezco de pavor si asoma á la memoria mi pasado.

—¡Ay! ¿Por qué no podré volver á aquella dicha?

—No, no quiero vivir ya más. Anhele volver al reino de la nada.

Los obreros que trabajaban en el camino concluyeron con el diálogo, esparciendo por la tierra las brozas y separando los escombros.

GUILLERMO ROCA.

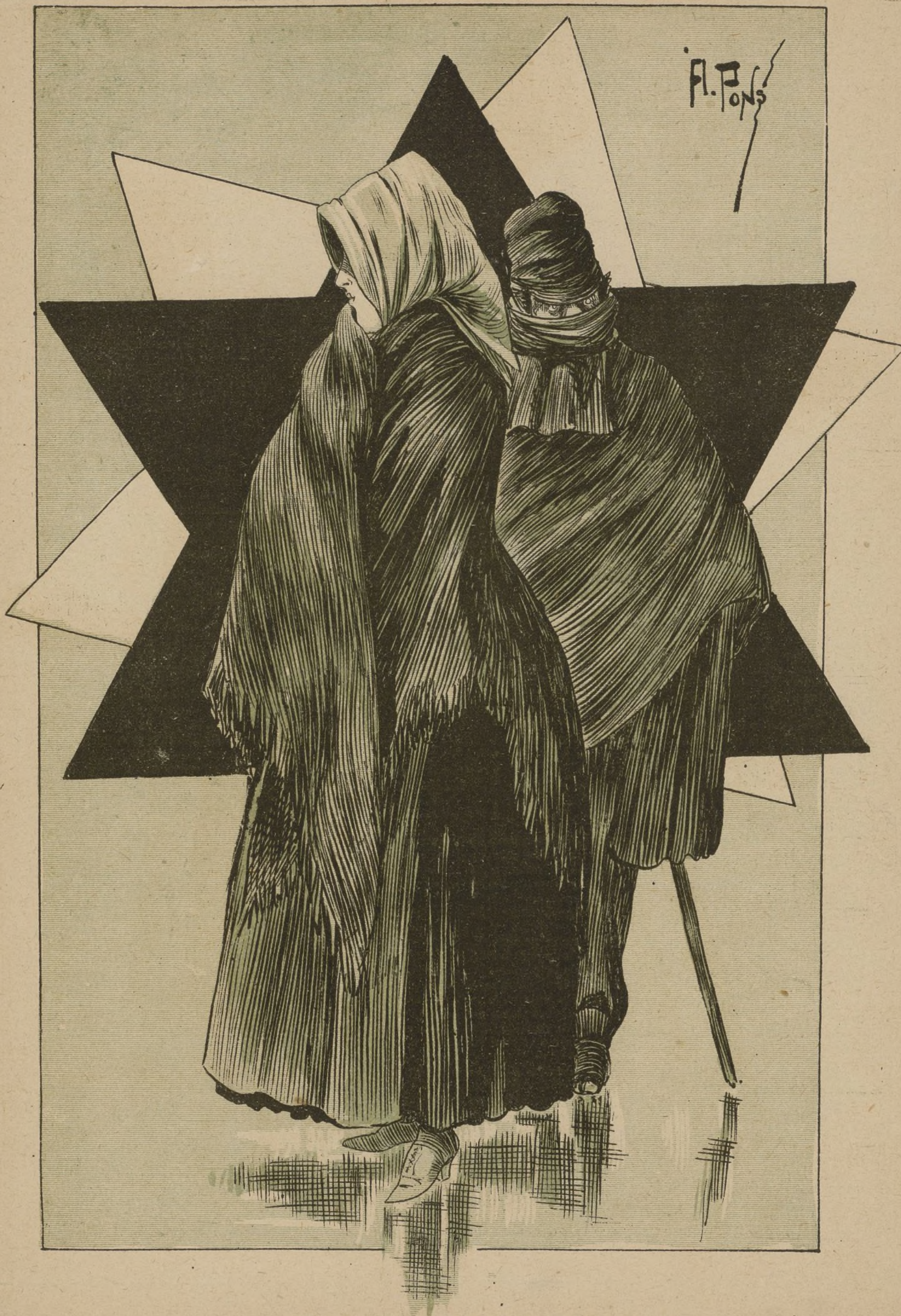


ESTRELLAS ERRANTES



Estrella de primera magnitud.—A la caída de la tarde.

ESTRELLAS ERRANTES



Estrella de segundo orden.—De las doce de la noche en adelante.

Ayuntamiento de Madrid

CHULAPERIAS

—Bueno, que te calles digo.
—Es que no me da la gana.
—Que nos miran.
—Que nos miren.
—Que hay mucha gente.
—Que la haiga.
Me se ha puesto en la cabeza que sepa tus *charranadas* tóo el mundo, y me *tién* que oír hasta los sordos.
—Melania:
tú no *tiés* educación, y voy á tener que dártela.
—Mira, quédate con ella, que te hace bastante falta, *ú* se la endosas si no á esa cursi con quien hablas.
—Porque sabe distinguir y es muy chula y muy serrana...
Lo cual que, según me ha dicho, tiene las primeras ganas de arrancarte el moño.
—¡A mí!...
—¡A ti!
—¡Jesús, qué desgracia!

¡Dile que no me lo arranque, porque, si me quedo calva, voy á estar muy fea!
—¿Más entoavía?
—¡Una *miaja*!
Más te valia, so sucio, tener tanto así de *lacha* y portarte como debes con una mujer honrada á quien debías besar hasta los *pieses*.
—¡Besaban!
—Después de sacrificarme por tus vicios y tus trampas; después de quedarme en cueros, como aquél que dice, para que tengas un cabezota siempre en el bolsillo, y vayas á *alternar* en las tabernas con otros bestias...
—Melania!
—Después de que te he *comprao* un *remontoire* de plata...
—¡Que te calles!

—Y después de que he *pulido* la falda y el corsé de raso negro, sólo *pa* que tú sacaras los *ojetos* que tenías en casa del quitamanchas, me das *achares* con esa... señora buta...
—¿Te callas, *ú* hay cisco picón?
—¿Quieres verlo?
—¿Te chuleas?
—¿Y si me matas?
—¡Eso dicen!
—¡Ya tardas!
—¿Si? Pues ¡toma, por *bocona*!
—¡Ay, pillo!...
—Vamos, Melania:
resinate ya... y no llores, que me entristecen tus lágrimas, y me has puesto el corazón lo mismo que una castaña...
—¿A ti qué te importa? ¡Vete

con la Inés, que es muy *serrana*...
—No me hables de esa *patosa*.
—¿Por qué?
—Porque me dan náuseas.
—¿No la quieres más que á mí?
—¿A esa más que á tí? ¡De ganas! ¡Si tuviese ahora dinero!...
—¿Qué?...
—*Ná*, que te convidaba *pa* probarte mi cariño de una manera más *prática*.
—Por dinero no lo dejes.
—¿Lo tienes tú?
—Sí.
—¡Pues, *arza*!
Vamos á...
—Donde tú quieras.
—¡Bendita sea tu *mama*!
—¡Déjame la cara, Paco!
—Es que no me da la gana.
—Que nos miran.
—Que nos miren.
—Que hay mucha gente.
—Que la *haiga*.
J. LÓPEZ SILVA.

Tiempos de prueba.

Son los que se avecinan ó se han avecinado ya entre nosotros. Los dobles de las campanas, cuyo lúgubre són aún resuena en nuestros oídos, no sólo son voces que nos invitan á pensar en los que fueron, sino présagos de la suerte á todo lo creído reservada. No; no lamentan únicamente la pérdida de los que han devuelto al laboratorio eterno de la creación los elementos que un tiempo pasearon ufanos sobre la tierra, y que en momentos de verdadera locura creyeron suyos, y aun para siempre; lamentan, además, la muerte incesante que este mundo de desarmónías nos ofrece por do quiera: esperanzas que se marchitan, ilusiones que se desvanecen, recuerdos que se borran, amores que se pierden para siempre.
Hay tiempos más fecundos en obras de vida; hay otros más en obras de muerte. Los que tenemos encima pertenecen á esta última clase; por eso los llamo «tiempos de prueba.» Los elementos, siempre conjurados contra nosotros, no parece sino que en esta época se vuelven semejantes nuestros, según es la furia con que nos acometen. ¡Desgraciado del que no cuente con medios de defensa para resistir el asalto que al alcázar de su espíritu, esto es, al cuerpo, han de darle seguramente! Es hombre al agua, ó, mejor dicho, hombre á la nada, ó, todavía mejor, hombre al *¡quién sabe!*
Algo así debía de pensar desde el ventanuco carcelario de su buhardilla el infeliz inquilino á quien la fuerza de las circunstancias ha ido empujando hasta dar con la cabeza en las tejas de una casa de cuatro pisos, con entresuelo y primero, pues su estado contemplativo y lo desmantelado de la estancia declaraban muy al vivo su obra de pensamiento y lo poco halagüeño de esta obra.
No hay nada como la desgracia para filosofar con acierto; dígalo los perdidosos en el juego; ni nada como ella para hacernos blandos de corazón. La riqueza trae aparejada la soberbia, y ésta aparece á su vez á quien crueles hados no le dejaron más papel que el de pez chico en la tragicomedia de la vida, y ya lo dice el refrán: «en tiempo de higos, no hay amigos.» Como no tenía unos ni otros, se entretenía nuestro hombre consigo mismo, único amigo con quien se puede contar, cuando se vive en tales alturas.
—¡Y hablan de la ley de las compensaciones! decía, siguiendo en alta voz el discurso empezado con el verbo interno. ¡Valientes leyes y valientes compensaciones! Yo me derretía en este horno, caldeado por el sol de Julio, y ahora barrunto que me voy á volver carámbano. ¿Cuándo se suprimirán las buhardillas y... los pobres?

Para suprimir, lo mismo que para crear, ahí está el Teatro Nacional, ó la Representación, y ahora empieza la temporada ó la legislatura; pero... ¡oh dolor! nuestros representantes son hombres de imaginación tan viva y rara, que verán brillar el estoque de un bastón sin estoque, y cegarán ante el estado angustioso del país, de los paisanos sobre todo; miran tan alto, que procurarán introducir y mejorar, por supuesto, reformas

electorales, por ejemplo, sin trampa ni cartón, y no descenderán á la prosa de la vida, para que sea cada vez mayor el número de los que no la maldigan. Tras las granizadas del verano, las de la elocuencia parlamentaria; y así no acabarán nunca los tiempos de prueba para los pobres labradores. Todo concluirá porque el arte español se enriquezca con nuevas obras, sólo comparables en hermosura, y tal vez en resultados, con las que se empiezan á oír en nuestro primer teatro lírico.

Enmudecieron ya los cantores de la naturaleza, y vienen en su lugar los ruseñores del arte; pero ¡con qué diferencias! Aquéllos tienen por escenario la tierra tapizada de verde alfombra; éstos unas cuantas tablas; aquéllos entran y salen por entre frondosos árboles; éstos por bastidores de tela pintarrajeada; las bambalinas que cobijan á los primeros son las bóvedas de verdura, ó la azul que tantos crímenes lleva encubiertos; el cielo que oíbre á los segundos está colgado de un telar y á las órdenes de un maquinista; la luz Drumon de los conciertos al aire libre fué encendida por Dios en uno de los célebres seis días, no recuerdo cuál; el sol de los conciertos bajo techado apoya sus inseguros rayos en un miserable carbón, y, finalmente, las notas de los primeros se dan gratis, mientras las de los segundos ponen á prueba el bolsillo de más resistencia. Todas estas reflexiones haría, si lo dejaran, quien sintiendo el divino arte tanto como el animal más sufrido de la creación, no tiene más remedio que tomar un abono para *alternar* y hacer ver entre bostezo y bostezo cómo se divierte.

Para divertirse de veras, los estudiantes; su vuelta, como la de las golondrinas, señala buen tiempo á los empresarios de toda clase de jolgorio, las patronas inclusive, si quiera los jolgorios que éstas proporcionen sean cantidades negativas.

Nadie, al ver esas caras rebosando vida, efecto del tasajo y del oxígeno del pueblo; nadie al oír sus carcajadas, reveladoras á un tiempo de la integridad de su espíritu y de sus pulmones, creería que acaban de dejar á los únicos amigos verdaderos que les ha deparado la Providencia en la tierra, amigos cuya pérdida nada podrá compensar; pero *cet âge est sans pitié*. Nadie creería tampoco que sus *gaudeamus* tienen un fin tan triste como la prueba de curso; pero no es patrimonio de la juventud la previsión.

Ni del que empeñó la capa, creyendo que iba á ser eterno el verano, y con ella, transformada en chicos ó grandes de horchata, hizo más de una conquista de entre dos luces. Los santos, con sus verbenas por pretexto, las devotas por fin, le hicieron hacer tal desaguisado; él mismo las ayudó en semejante obra de metamorfosis económica, bebiéndose lo que aún quedaba de ella; y hoy anda bebiéndose los vientos por abrazar aquella prenda, no de su corazón, sino de todo su cuerpo, cuyo rescate presenta más dificultades que el de los cautivos de las tribus de Alhucemas: es lo que él dice, contemplando la papeleta de empeño y suspirando al mismo tiempo:—Cierto que este papel representa la capa; pero ¿cómo me voy á abrigar con un papel? Oigo decir,



ALFONSO DAUDET

Autor del drama *La lucha por la existencia*, estrenado en París con gran éxito el 30 del pasado.

en cambio, que ando de capa caída; ¿cómo puede ser esto, si no la puedo llevar de ningún modo?

En fin, que los tiempos de prueba los tenemos encima; que á cada uno corresponde su parte, y que si alguno se ve libre de la suya, es porque otro lleva dos, pues el mal, como la materia, es siempre el mismo, sin aumento ni disminución. Por eso, lector, si te ves con tu parte, paciencia y... barajar: así es el mundo. Si te ves libre, da gracias á Dios por el milagro, y aún mejor que esto, piensa en el que anda agobiado bajo el peso de la suya y

la tuya; piensa que puede ser verdad lo que nos cuenta Campoamor de aquella madre y de aquella hija que

Mientras de placer gritando
Pasa ante ellas el gentío,
La niña llora de frío
La madre pide llorando;

y obra como hombre.

JOSÉ MARÍA ESBRI.

PACOTILLA

MANTILLAS Y SOMBREROS

El simpático Rodao,
que con piropos me agobia,
me escribe desde Segovia
lo que aquí dejo copiar:

CARTA

que escribo ligero,
como Dios me da á entender,
por si la logra coger
Estrañi, el pacotillero.

Tras larga meditación,
contesto aquí, sin perfiles,
á cierta composición
que he leído en Los MADRILES,
y en la que, con el salero
que siempre en sus versos brilla,
elogia usted la mantilla
y echa por tierra el sombrero.

Aunque me triture usted,
porque le sobre razón,
yo no soy de su opinión,
mi querido don José.

¿Por qué usted tanto se ensaña
yendo en contra de la moda?
Vamos, eso me incomoda,
querido Estrañi, y me extraña.

No dejo de comprender
que la española mantilla
le está bien á la chiquilla
que se la sepa poner;

pero la que, por torpeza,
la lleve sin donosura,
tendrá parecido á un miura,
con un trapo en la cabeza.

En cambio, aquí, los sombreros
son de forma tan variada,

que á la chica que no agrada
un sombrero con jilgueros,
le busca de cacerola,
ó de tórtola temblando,
ó de esos que hay imitando
una fuente de escarola.

Esta clase de sombreros
á la mujer favorecen;
también los hay que parecen
bacias de los barberos;
y, en fin, un sombrero he visto,
que no sabía si era
un plumero, una frutera,
ó una cazuela con pisto.

Con sombrero una muchacha
está más interesante;
que el sombrero es elegante;
á nadie hace mala facha;
y... el caso es que una mujer
que á desairar no me atrevo,
me escribe, y dice que debo
al sombrero defender.

Mas la desairo, aunque es bella;
pues pasa una modistilla
por mi calle, con mantilla
y... en fin, ¡que me voy tras ella!

JOSÉ RODAO.

CONTESTACIÓN

Nada, Rodao; no transijo
aunque usted su ingenio extrema.
Perdone usted si le afijo,
pero sigo con mi tema.

Para un buen rostro ovalado
surgiendo de nivea gola,
no hay nada más apropiado
que la mantilla española.

Esa reina de los trajes,
prendida en los altos moños:

salerosa, con encajes;
incitante, con madroños.

Esa mantilla bien puesta
que ya no luce su encanto
más que en la taurina fiesta,
ó el día de Jueves Santo.

Esa prenda resalada,
que, hundido todo en la hoya,
vivirá inmortalizada
en los tapices de Goya.

Esa, en fin, con que adornaron
altas damas su salero,
y con la cual trastearon
al señor Pedro Romero.

¡Pero, á qué tón, vive Cristo,
alabo esa prenda brava,
cuando usted mismo la ha visto
cayéndosele la baba!

¿Hay nada más seductor
que una mantilla bonita
prendida con una flor
donde el corazón palpita?

Si es negra, rebosa el vaso
de la seducción que pinto,
con vueltas de fino raso
color azul ó corinto.

¡Y que no lueen apenas,
aunque esté el tiempo de lluvias,
con el rojo, las morenas,
y con el azul, las rubias!

En fin, cuando solemnizan
la Pasión y se la plantan,
las guapas nos electrizan
y las feas nos encantan.

Ya ve usted, amigo Rodao,
mi contrincante presunto,
que, por lo que he demostrado,
estoy fuerte en ese asunto.

Pues bien: á cualquier chiquilla,
tenga ó no tenga salero,

quitela usted la mantilla
y póngala usted un sombrero.

Elija usted el que mejor
cuadre á su rostro y figura:
el de forma de tambor,
ó el de forma de herradura;
el que, á modo de sorbete,
se eleva hasta los tejados,
ó el que adorna su copete
con pimientos colorados;

el de figura de cesto,
ó el de nido de pardales,
ó el que se asemeja á un tiesto
lleno de flores... cordiales.

(Eso va siendo tan lato,
que hasta va á haber sombreritos
hechos en forma de plato
y adornos de huevos fritos.)

Pues nada: póngale usted
cualquier sombrero que sea,
y verá usted, don José,
cómo la chica se afea.

De guapa, se vuelve horrible;
de esbelta, al andar se traba;
de lista, se hace risible,
y de salerosa... ¡pava!

Con estas razones, creo
que ya le habré convencido,
y que, como es mi deseo,
se vendrá usted á mi partido.

No ataque usted á las mantillas
tan sólo por suponer
que algunas guapas chiquillas
no se la sabrán poner.

Por eso no discrepemos
en cuestión tan ardua, no;
que ya se lo enseñaremos,
á unas, usted; y á otras... ¡yo!

JOSÉ ESTRANI.

EL AVESTRUZ

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS.—CONTINUACIÓN.—(VÉANSE LOS NÚMEROS 55, 56 Y 57.)

—¡He aquí el bulto! exclamó el jefe de estación señalando la caja y soltando una estrepitosa carcajada.

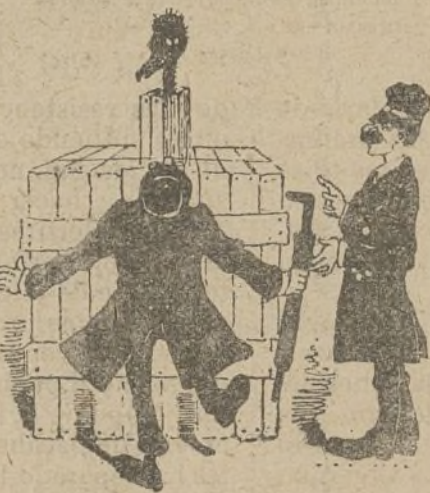
Y Martinot (Pablo) leyó sobre la tapa delantera la dirección siguiente:

Envío de M. Busquet.—De San Luis (Senegal).
A madama Martinot (Pablo).—Pabellón Verde.
Ville d'Avray (Seine et Oise).—Porte pagado.

En seguida, el mismo jefe puso en manos de Martinot un voluminoso legajo de papeles, que no eran otra cosa sino los justificantes y recibos, tanto del buque como de las estaciones intermedias, hasta Ville d'Avray, de la manutención, portes y cuidado del avestruz, todo en regla y completamente pagado.

—Conque, vamos á ver: ¿cuándo retira usted esto?

Martinot se puso á reflexionar. La cosa era grave y su incertidumbre muy natural. No se reciben todos los



días animales de tal tamaño y tal categoría.

El empleado del ferrocarril sonreía, y el buen Martinot se contentaba con murmurar entre dientes:

—Ese loco de Busquet...

dumbre que se había agolpado junto á la caja, siguieron gritando, vociferando, armando un escándalo infernal, detrás del extravagante cortejo.

El animalucho se cansó muy pronto, y cambiaron las cosas.

(Continuará.)

A nadie más que á él se le pueden ocurrir estas cosas... ¡Diablo de Busquet!

Por fin, decidieron algo práctico. Deshacer la caja, sacar el avestruz y llevárselo á casa con una cuerda atada de una pata.

Así se hizo. Se ató á una pata del animal una cuerda larga y sólida, y Martinot buscó un mozo de la estación para encargarle la conducción del avestruz hasta su casa. Todos los mozos se negaron en absoluto á prestarle aquel servicio.

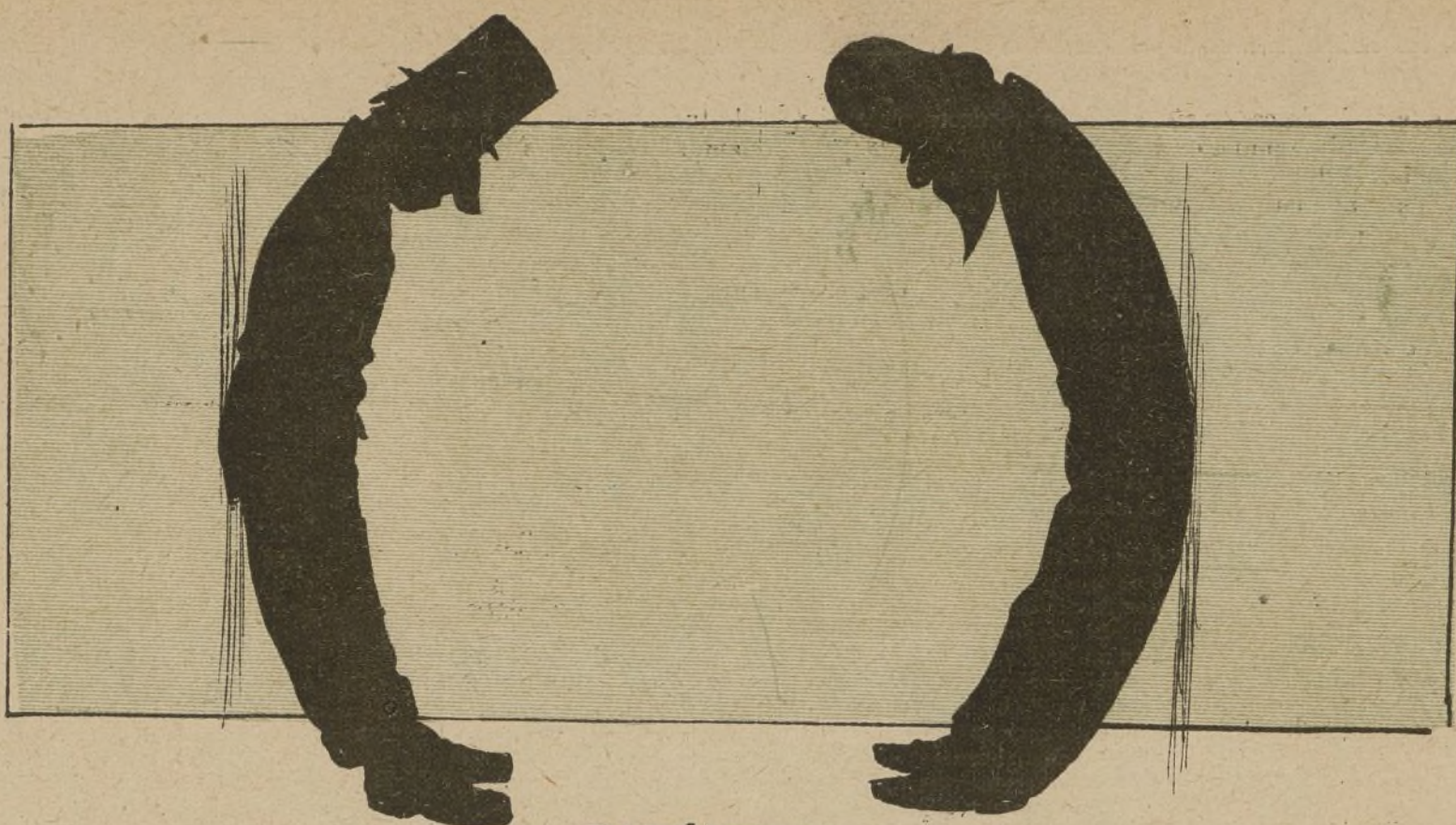
Entonces Martinot tomó su partido, cogió la cuerda, y tirando de ella con todas sus fuerzas, dirigióse hacia su casa remolcando el colosal avechuchu.

El bicho, entumecido, se resistía á dar un paso.

Los empleados de la estación, y la muche-

grave que se había agolpado junto á la caja, siguieron gritan-





PARÉNTESIS

LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiliosa, antiescrofulosa, antisifilítica, antiherpética, y muy reconstituyente. Treinta y siete años de uso general y favorable.

Depósito central: Jardines, 15, Madrid.

GRAN CENTRO DE REPARTICIÓN

A. Prades y Compañía.

AVISAMOS á nuestra numerosa clientela el traslado del *Gran centro de repartición* por mejora de local (antes Jesús y María, 32), hoy *Jordán, 3*, esquina á la de Fuencarral, donde seguimos efectuando toda clase de repartos, como periódicos, circulares, prospectos, novelas, esquelas de defunción, tarjetas de invitación, avisos, nota de precios, y la propaganda de toda clase de libros.

Se garantizan todos los trabajos de este *Centro*, y se remiten tarifas de precios á quien las pida.

GÓMEZ DE AMPUERO

¡CON VERLO BASTA!

NOVELA FESTIVA

Un tomo con ilustraciones y cubierta en colores,

UNA PESETA

LIBRERÍA

DE LA

VIUDA DE POZO, É HIJOS

Obispo, 55, Habana.

Agentes en Cuba para la suscripción y venta de

Los Madriles.

Gran Lotería de Dinero

Garantizada legalmente por el Supremo Gobierno de Hamburgo.

500.000

MARCOS

ó aproximadamente

Pesetas 625.000

como premio mayor pueden ganarse en caso más feliz en la Nueva gran Lotería de dinero garantizada por el Estado de Hamburgo.

ESPECIALMENTE

1	Premio á M.	300000
1	Premio á M.	200000
1	Premio á M.	100000
1	Premio á M.	75000
1	Premio á M.	70000
1	Premio á M.	65000
2	Premios á M.	60000
1	Premio á M.	55000
1	Premio á M.	50000
1	Premio á M.	40000
1	Premio á M.	30000
8	Premios á M.	15000
26	Premios á M.	10000
56	Premios á M.	5000
106	Premios á M.	3000
203	Premios á M.	2000
6	Premios á M.	1500
606	Premios á M.	1000
1060	Premios á M.	500
30930	Premios á M.	148

17188 Premios á M. 300, 200, 150
127, 100, 94, 67, 40, 20

La Lotería de dinero bien importante, autorizada por el Alto Gobierno de Hamburgo y garantizada por la Hacienda pública del Estado, contiene 100.000 billetes, de los cuales 50.200 deben obtener premios con toda seguridad.

Todo el capital que debe decidirse en esta lotería importa

9.553.005

ó sean casi

PESETAS 12.000.000

La instalación favorable de esta lotería está arreglada de tal manera, que todos los arriba indicados 50.200 premios hallarán seguramente su decisión en 7 clases sucesivas.

El primer premio de la primera clase es de marcos 50.000; de la segunda 55.000; asciende en la tercera á 60.000; en la cuarta á 65.000; en la quinta á 70.000; en la sexta á 75.000, y en la séptima clase podrá en caso más feliz eventualmente importar 500.000, especialmente 300.000, 200.000 marcos, etc.

La casa infrascripta invita por la presente á interesarse en esta gran lotería de dinero. Las personas que nos envíen sus pedidos se servirán añadir á la vez los respectivos importes en billetes de Banco, libranzas de Giro mutuo extendidas á nuestra orden, giradas sobre Barcelona ó Madrid; letras de cambio fácil á cobrar, ó en sellos de correo.

Para el sorteo de la primera clase cuesta:

1 Billete original, entero: Rvn. 30.

1 Billete original, medio: Rvn. 15.

Cada persona recibe los billetes originales directamente, que se hallan provistos de las armas del Estado, y el prospecto oficial en todos los puntos menores. Verificado el sorteo, se envía á todo interesado la lista oficial de los números agraciados, prevista de las armas del Estado. El pago de los premios se verifica según las disposiciones indicadas en el prospecto, y bajo garantía del Estado. En caso que el tenor del prospecto no convendría á los interesados, los billetes podrán devolverse, pero siempre antes del sorteo, y el importe remitido será restituido. Se envía gratis y franco el prospecto á quien lo solicite. Los pedidos deben remitirnos lo más pronto posible, pero siempre antes del

25 de Noviembre 1889.

Valentin y C.^a

BANQUEROS

HAMBURGO

ALEMANIA